

XI.

Me avisas, querida Julia, tu llegada á Londres con tu tía, y la admiración que has sentido á la vista de la gran metrópoli. No fué menor la mía, y puedo asegurarte, que esta inmensa ciudad me pareció obra de gigantes, más bien que de hombres.

Supuesto que has de pasar algun tiempo en la capital de Inglaterra, ó mas bien, en un hermoso castillo campestre,—*manoir*, como dicen ahí,—de las inmediaciones de Londres, aprovecha hija mía, este periodo de sosiego para dibujar las más bellas vistas de Richmond, que en otro tiempo fué residencia de la prudente, reflexiva y bondadosa Ana de Cleves, esposa repudiada del rey de Inglaterra Enrique VIII, de sangrienta memoria: hazlo así, y cuando regreses á tu patria, cada página del album de tus viajes dibujada al lápiz, podrá convertirse en un magnífico cuadro que te dará honra y provecho.—Esta idea que te

espreso, me sugiere otras que te remito como un afectuoso consejo.

En el siglo en que vivimos, en este siglo en que todo está inseguro, como sucede con los castillos de naipes que forma la mano inocente de los niños, y que un soplo derriba, es preciso aunque se posea una buena fortuna ó esperanzas de obtenerla, aprender alguna cosa útil que nos ponga al abrigo con su producto de las primeras necesidades de la vida.

De la pobreza á la miseria hay un abismo, y fuerza es decirlo: si la pobreza es inevitable; la miseria se puede evitar casi siempre; por esta razon, la pobreza es respetable, y la miseria es repulsiva.

Pobreza es poseer solamente los medios para atender con toda la economía posible y á costa de un trabajo constante y honrado, á las más urgentes necesidades de una existencia modesta.

Miseria es el carecer de todo, y el tener que deberlo todo á la munificencia ajena.

Líbrete la divina Providencia de este deplorable estado, hija mía, y precávetete de llegar á él, dedicándote á saber con perfección alguna cosa que puedas enseñar.

Todos los padres debían examinar por sí mismos, ó hacer examinar por persona competente, las disposiciones de sus hijos y darles la instrucción en cualquiera de los ramos del saber humano que estuviera más acorde con estas disposiciones.

Por ejemplo, si una niña tiene afición y ta-

lento para la música, se la debiera dedicar á ella; si manifiesta vocación á la pintura, debiera procurarse hacer de ella una artista, cuyos cuadros dieran gloria á su nombre y su patria; y en fin, para aquellas cuyas disposiciones intelectuales no fuesen muy brillantes ni muy sobresalientes, quedan los idiomas, estudios casi necesarios, que de aprender con perfección á lo menos dos, pueden servir para adquirir una existencia honrosa, ya con la enseñanza, ya con la traducción de obras escogidas.

Una mujer que posea cualquiera de los tres elementos de vida mencionados, no tiene que temer á la miseria, aunque esté sujeta á una modesta medianía, y algunas veces á una honrada pobreza.

Cultiva pues hija mía, no solo la música que amas con pasión, sino tambien la pintura, para la que tienes las más dichosas disposiciones, y en la que puedes hacer rápidos progresos en tus viajes, ya estudiando los buenos maestros, ya copiando bellas y variadas vistas.

En Alemania, en Inglaterra, en Francia, el cargo de institutriz es uno de los mejor retribuidos. En España empieza tambien á estimarse y á conocerse su utilidad, y además, la jóven que no puede ser institutriz puede ser aya, que es otro modo decoroso de ganarse la vida.

Como se suele confundir el cargo de institutriz con el de aya, voy á demostrarte la gran diferencia que entre ambos existe.

Institutriz, es la persona que se encarga por

completo, no solo de la *educación*, sino tambien de la *instrucción* de una niña, porque educación é instrucción son tambien dos cosas distintas y enteramente separadas la una de la otra.

La institutriz ahorra todos los maestros, enseña á sus educandas la música, los idiomas, el dibujo, y además la religión, la moral, la historia, la geografía, y todas las labores de nuestro sexo: pule y embellece el espíritu y cultiva el corazón; la institutriz debe saber elegir las lecturas de sus educandas, y raciocinar con ellas acerca de todo lo que leen: debe enseñarles a la par que la suave y dulce modestia de las costumbres, las gracias seductoras del buen tono

Aparte de la artista que en su agradable y cómoda casa, gana su vida independiente, no conozco, hija mía, un destino más bello y más digno para la mujer que el cargo de institutriz: educar jóvenes corazones, formarlos para la virtud, ilustrar y desenvolver las gracias de los espíritus, cándidos é infantiles! ¡qué misión tan adorable, tan bella, tan meritoria á los ojos de Dios y á los de la sociedad! ¡qué dulce manera de aliar lo bueno y lo bello!

El cargo de aya no es tan brillante, pero es tambien muy meritorio: el aya no evita los maestros; más la primera educación, es decir, la sólida y saludable, está á su cargo, así como el acompañar á sus educandas; el aya enseña á leer y escribir, la gramática, la historia, la geografía, la moral, la aritmética y toda clase de labo-

res de utilidad y adorno.

El aya como la institutriz, lleva ceñida la frente de una aureola de virtud, de modestia, de intachable moralidad, que está anexa á su cargo, y sin la cual no podrian obtenerlo: cualquiera de estos dos destinos son honrosísimos para la mujer, y yo aconsejaría á todas las madres que pusieran á sus hijas en estado de ejercerlos, lo que les daría no solo consideración social, sino medios seguros de vida.

No olvides, amada Julia, mis opiniones y mis consejos, acerca de este punto importante: oirás decir con frecuencia que todos los caminos de ganar la vida están cerrados para la mujer; esto no es exacto: lo que sucede es que las familias se afanan mucho por el porvenir de sus hijos varones; pero olvidan por completo el de sus pobres hijas.

Yo, Julia mía, pienso en el tuyo, como en el de mis sobrinitas, á las que procuro poner en aptitud de que se basten á sí mismas: has tú lo mismo; estudia, aprende, observa, aprovecha el tiempo, que es el tesoro del pobre y del inteligente, y llegará un día en que serás, ó una artista llena de gloria, y acaso rica de los dones de la fortuna, ó podrás formar inteligencias superiores, y corazones para la virtud.— ¡Trabajo constante y esperanza de Dios! Hé aquí las fuentes de donde nacen la dicha y la prosperidad de la mujer digna y laboriosa!

FELICIA.

XII.

Sólo cuando se posee una razón muy sana y un entendimiento muy claro, es cuando se pueden preferir las personas que nos cuentan el número de nuestros defectos, y nos los corrigen, á las que nos adulan, y nos dan siempre la razón.

Tú posees en grado eminente aquellas dos nobles cualidades del espíritu, mi querida Julia; porque, á pesar de mis severas apreciaciones de casi de todas las cosas de la vida, me amas y me lo pruebas siguiendo en todo mis consejos. La docilidad y la blandura de carácter son dos cosas tan buenas y tan bellas en la mujer, que por sí solas la pueden hacer amable y querida de todos, y por lo mismo casi dichosa.

Y cuando estas hermosas cualidades se ven en una jóven, parecen como el complemento del encanto que le presta esa edad dichosa en

que la belleza moral y física son tan naturales como el perfume en la flor,

Veo por tu carta que sigues mis consejos y que has dibujado en tu cartera algunos paisajes de la soberbia Lóndres: me dices que su grandeza te admira, pero que te es antipático el carácter sério, adusto y comerciante de sus habitantes. Lo comprendo así, y lo esperaba.

No puede un carácter débil y dulce como el tuyo, mi querida niña, simpatizar sólo en el trato superficial, con el carácter inglés: como lo sensitiva, te replegas al frío contacto de esas naturalezas heladas y severas; pero si en vez de permanecer en la capital del Reino Unido sólo algunas semanas, pasaras en él algunos años, conocerías las bellezas de ese carácter que hoy te parece adusto, insoportable.

Los ingleses quieren *ser* y no *parecer*: à su altivez nativa, importa poco los goces de la vanidad que les son casi totalmente desconocidos; muy contrarios en todo à los franceses, (à los que ódian cordialmente, por más que digan) todo lo que es farsa y mentira, les parece odioso y antipático.

Lo que recomienda sobre todo à los ingleses al aprecio de las demás naciones, es su amor à la casa y à la familia; yo deseo, mi querida Julia, que el esposo que elijas se parezca à un inglés en muchas condiciones, y en esta sobre todo; porque es una de las mayores garantías de dicha para la mujer el que su marido se halle bien en su casa, y no necesite las distracciones de las ajenas.

Los países como las personas tienen su lado bueno, aunque tengan algunos malos; ¿qué hay en la humanidad sin su grano de oro? Todo consiste en saber hallar la preciosa semilla, y en saber aprovecharla.

Aprende de las damas inglesas, una de las cualidades más notables en ellas: la sencillez y sobriedad en los trajes, lo que no excluye en ellas la distinción y la elegancia.

Apenas habrá una inglesa que cuente más de dos vestidos: el de ceremonia de seda negro, tan rico como se quiera; y el de fatiga, que es siempre gris y de tela modesta.

Esta ausencia de vanidad y de coquetería hace que haya mucho calor en sus corazones, y que sean buenas esposas y excelentes madres: ¿no has visto los parques que hay en el centro de la gran metrópoli, llenos de niños vigilados de cerca por sus jóvenes y bellas madres? ¿No has reparado en lo esmerado y elegante de los trajes de las criaturas alegres, rosadas, juguetonas, como los cervatillos?

Yo sé que habrás disfrutado con delicia de esta vista encantadora, y que no tardaremos en ver la prueba en algunos de tus cuadros, cuando vuelvas à tu patria.

¡Y bien claramente descubro en tu carta, mi amada Julia, tu deseo de volver à España! El suelo nativo tiene atracciones indefinibles, y jamás es la dicha completa fuera de él, à no ser que se lleven consigo grandes elementos de dicha al dejarle!

Más que tú, desean tu regreso tu buen pa-

dre y tus hermanos: hé aquí la dicha de ser buena; para tu padre constituyes la más dulce, la más amable compañía; tus hermanos te aman como á una amiga; y ambos desean oír tu grato acento que les dirige por el camino del bien.

—“Parece que está la casa desierta”—dice Octavia en su última carta.

Y Fernando añade más abajo:

“Mi querida señora, todo va mal desde que Julia falta, y hasta papá tiene mal humor, por los muchos y varios cuidados que ahora tiene á su cargo.”

Eres, pues, esperada y deseada, mi querida Julia, que es la dicha mayor á que debe aspirar una mujer: *ser necesaria*, y á ser posible, *irreemplazable*: este es el bello ideal á que debe aspirar nuestro sexo, así en el orden moral, es decir, en lo que toca á los afectos del corazón, como en el material, ó sea en lo que se relaciona con los objetos exteriores de la vida, con las habilidades y el trabajo.

¿Por qué causa son tan escasas las grandes pasiones? ¿Por qué muchos hombres perdida su primera esposa, se casan otra y muchas más veces? Porque todas tenían más defectos que cualidades; porque en la vulgaridad, el cambiar es fácil, y hasta agradable.

No son los hombres tan versátiles, tan indiferentes para nuestro sexo en las naciones más civilizadas: el alemán *Werther*, no es una creencia del gran talento de Goethe: en Alemania hay muchas *Carlotas*, y muchas desesperaciones como las de aquel amante, que entre noso-

tros pasa por un soñador ó por un tonto, ¡Tanto la ignorancia humana es afecta á rebajar lo que no puede comprender!

Sé por las cartas de tu tía á una amiga suya que lo es mía también, lo contenta que se haya en tu compañía, y que va á hacer á tu padre la proposición de prohiarte para que un día heredes su inmenso caudal: sin embargo, creo que él rehusará, y más temo que á tí te seduzca la perspectiva de una fortuna colosal, pues eres pobre.

Dime que no caerás en semejante tentación, mi querida Julia; el dinero proporciona goces, pero trae también infinitas contrariedades; yo he sido rica, y mi inolvidable hermana lo fué mucho más.—¡Cuántas veces, sentadas las dos en París, en su elegante y rico *boudoir* lleno de estatuas, de dorados, de brocados y de encages, me decía:—De todo lo que hay aquí, sólo amo lo que no se compra ni se paga con ningún dinero: tu compañía; el orden simétrico y elegante que tú das á los objetos, la hermosa música alemana, ó más bien la ejecución que la damos á cuatro manos en el piano; y después de esto, lo que prefiero, lo que adoro, son las flores, los libros, mi labor, cosas todas que cuestan tan poco! ¿que sería este gabinete sin el calor de tu alma y de la mía, sin el recuerdo de mi marido, cuyo retrato me sonríe; sin las risas de mis hijos? Un desierto lleno de tristeza!

Acuérdate de estas palabras, y piensa que no es necesario ser rica para ser dichosa,

FELICIA

XIII.

MADRID 18...

He recibido tu carta, en la que me anuncias haber emprendido tu vuelta á España, y despues otra en la que me noticias tu feliz llegada á esa alegre aunque pequeña población que habitas: en las dos hay un tinte de melancolía que me ha llamado la atención y sobresalto no poco.

¿Por qué estás triste, mi querida Julia? ¿por qué ves todas las cosas bajo un aspecto sombrío? Ten entendido, que los misántropos que llegan á serlo á fuerza de sufrir, echan de menos la dulce amistad, la estimación ajena y la propia benevolencia para juzgar á los demás: creyéndose siempre ofendidos, faltos de fuerza moral para sobrellevar las contrariedades de

la vida, se refugian en sí mismos, sin pensar en que la soledad solo es soportable cuando la llena Dios con su santa presencia: cuando el pensamiento, aún no amargado, puede reposar en su misericordia divina.

En una mujer, la misantropía es un mal á la vez terrible y ridículo, y vale mas que viva rodeada de personas indiferentes, que el que viva sola consigo misma y lleno el corazón de tedio y de aversión al género humano: esto es tan opuesto á su condición, que se supone blanda y amante, tan opuesto á la indulgencia que debe ser su primera cualidad, que la misantropía la convierte en un ser anómalo y excepcional.

Ya te lo he dicho: nadie hay en el mundo que no tenga alguna cualidad buena y relevante, alguna alta y bella prenda moral: pase-mos, pues, por alto los defectos, y miremos el grano de oro que en cada alma se oculta, como compensación de otras flaquezas y debilidades: la indulgencia es una dulce virtud que nos hace dichosos, porque amengua á nuestros ojos los defectos ajenos: nadie puede ser perfecto en la tierra.

Te hablaré hoy del punto importante acerca del cual quieres saber mi opinión: me dices que sin detenerte más que algunos dias en la ciudad has pasado al campo: que con motivo de las fiestas de Navidad, han ido otras muchas personas á la bella posesión donde te hallas, además de las que ya se hallaban en ella, y que deseas te diga, cómo deberás comportar-

te para no hacer un mal papel callando, y no tomando parte en la animada crítica, en las continuas habladurías elegantes, y graciosas murmuraciones, que incesantemente tienen lugar en rededor tuyo.

Tienes miedo de andar por ese terreno peligroso, y con razón; tú que tanto temes á la antipatía, á la falta de aprecio, debes ahora andar con mucha mesura, proceder con mucho tacto y con mucha suavidad para no perder las simpatías que hayas adquirido.

La más pequeña parte tomaras en esas camarillas, la frase más leve que te pudieran atribuir, sería mirada y vista con ojo de aumento, sería comentada, zaherida, y le darian cien vueltas, on ninguna de las cuales quedarias favorecida.

Así pues, ten mucho cuidado, niña mía, y cuida igualmente de no hacer alarde de una rígida y ridícula virtud: y de no caer tampoco en la comun debilidad de hablar mal de todas ó de determinaaas personas.

El carácter más franco, la prudencia más ilustrada, no bastan siempre para librarse de oír habladurías; en un chisme se puede figurar sin saberlo y sin quererlo como actor y como espectador: la paz de la existencia y la dignidad del carácter, exigen, sin embargo, que se evite toda participación en esos discursos malévolos, porque cuando menos, exigirían aclaraciones interminables á que obligan las palabras repetidas por personas indiscretas.

Piensa cuando hables, que las paredes no so-

lo oyen, sino que repiten, y con amplificaciones; es preciso, por tanto, imponerse el esfuerzo de ser sorda é indiferente para todas las malas ideas engendradas por la malevolencia. traídas y llevadas por la indiscrecion y por el espíritu de intriga; este esfuerzo penoso no se renueva con frecuencia, porque cuando se ha establecido sólidamente la repugnancia que causa el oír discursos hostiles, y habladurías peligrosas, se escapa á la obligación de rehusarlos; los maldicientes buscan, no solo auditorio, sino ecos y aplausos.

La primera regla que debe observarse, es la de no hablar jamás de una persona ausente en otros términos que los que se usarian en su presencia: esta regla sola basta para preservarte de la acusación de falsedad en primer lugar, y luego de las dificultades que arrastra consigo una conducta doble.

No dependerá, sin embargo, de tí el oír las mentiras interesadas, y las acusaciones inmerecidas; es preciso, mi amada Julia, que te resignes á soportar unas y otras, y que tomes desde luego tu partido acerca de las sinrazones que pueden hacerte, debilitando la estimación y el afecto que mereces: esta tarea llegará á serte fácil, si reflexionas un poco, porque verás que las personas accesibles á la mentira, y bastantes fáciles para dejarse llevar de la lisonja, que hace parte de la táctica de los embusteros no merecen ni un solo pesar de tu parte, ni que hagas esfuerzo alguno para persuadirlos.

Mañana volveré á escribrte: la medicina en

pequeñas dosis, hace mas saludable efecto; continuaré tratando el mismo punto; y hablándote de las reglas generales y particulares que debes observar para que te amen y te estimen todas las personas que te rodean.

FELICIA.

XIV.

Continuando el mismo asunto de ayer, te diré mi, querida Julia, que son innumerables las ventajas de la discreción y de la reserva; pero que una desconfianza absoluta tiene grandes inconvenientes; mi anhelo es que sometas tus acciones y palabras á las reglas de una prudencia ilustrada y razonable: en esa sociedad hallarás alguna otra jóven con la que puedas sim-

patizar, á la que puedas comunicar sin peligro tus impresiones; pero no olvides que las buenas y leales amigas son raras, y mantente en una prudente reserva hasta que el tiempo te haga conocer sus cualidades.

Los caracteres poco comunicativos, frios en la apariencia, suelen ocultar las más bellas prendas, suelen ser mas capaces de amistad, y, sin embargo, no se abandonan fácilmente á repentinas expansiones.

Aún en el caso de que tengas la dicha de hallar la amiga que yo te deseo, y que como te he dicho, no será difícil que encuentres, te aconsejo que te ocupes lo menos posible de las acciones y de los defectos de los otros, y esto te lo aconsejo, no solo por el deseo de preservarte de los malos ratos que los chismes traen consigo, sino porque esa abstinencia me parece indispensable para conservar los sentimientos de caridad y de simpatía que debemos á nuestros semejantes.

La malevolencia es pocas veces un sentimiento innato en nosotros; casi siempre puede llamarse *trasplantado*; la costumbre, ya lo sabes, puede llegar á ser una segunda naturaleza, y nada es más propio que la murmuracion para alimentar y cultivar ese sentimiento, que acostumbrándonos á culpar á los otros, nos conduce á odiarlos y ser odiosos nosotros mismos. Es imposible amar á las personas, de las cuales se analizan constantemente los defectos, y por lo mismo debemos aplicarnos á notar las cualidades buenas de cada una, si no queremos

apagar en nosotros la benevolencia que puede sola ayudarnos á soportar las imperfecciones de los demás y conseguir que soporten nuestras propias imperfecciones.

Por otra parte, la costumbre de criticar no solamente rebaja el corazón; empequeñece también la inteligencia; y hace incapaces á los que se dejan dominar por ella, de comprender las grandes acciones, y de creer en las bellas cualidades; es una especie de *oidium* moral, de enfermedad gangrenosa, que marchita y deseca los corazones que ataca: conduce á sospechar de las acciones más sencillas, y se transforma poco á poco, sin que se tenga conciencia de la metamorfosis, en uno de los vicios más vergonzosos.

Del mismo modo que algunas plantas cambian de nombre y de carácter, según su edad, la murmuración, después de algunos años de *ejercicio*, cambia de proporciones y se convierte en calumnia. Una joven murmuradora, llega á ser una mujer envidiosa, siempre pronta á infamar: la murmuración, la envidia y la calumnia, provienen de la malevolencia que se exagera con la edad, con el pesar que la vejez trae consigo para la mujer frívola; y siendo un defecto que parece ligero en su origen, se desenvuelve hasta ser un vicio odioso.

Cuida, pues, mi amada niña, de todo lo que hablas en medio de esa gran reunión de personas distintas, de caracteres opuestos y de gustos diferentes: piensa en que te hallas aislada en medio de muchas mujeres á las que puedes

ser antipática, y de muchos hombres á los que agradas en extremo; y ten entendido, que cada una de estas dos cosas constituye un escollo cierto y un peligro probable: ten cuidado con lo que dices, y más con lo que haces: no tomes parte en ninguna apreciación ofensiva para los demás; no des tu asentimiento á la murmuración; no acuses, sino elogia siempre que te sea posible, y cuando no, guarda un prudente silencio.

Huye con cuidado de mezclarte con aquellas personas, cuya loca alegría, viveza de carácter y lenguaje descompuesto las ponga en evidencia; porque acaso alguna de las inculpaciones á que den lugar, recaiga sobre tí: una conciencia delicada no se puede acomodar con la compañía de personas que no merecen la pública estimación; y no hay seguridad posible en las relaciones que se tiene con ellas: créeme, Julia; ninguna persona posee menos la estimación de los demás, que la que adquiere fama de malévola y dada á la crítica: á esas gentes se les teme y no se las ama ni se las estima jamás.

Los murmuradores se alejarán de tí por sí mismos, si les pruebas á la primera ocasión, la firme voluntad de no oír suposiciones malévolas, acerca de las personas de tu amistad; y te será muy fácil hacer cesar sus habladurías, diciéndoles con política y firmeza, que tienes afecto á las personas de quienes se trata, y que te es penoso el oír hablar de ellas en términos ofensivos: en una palabra, mi querida niña, ten presente que es preciso ser indulgente para los

defectos ajenos, y caritativa para el ridículo, á fin de hacernos amables y estimados á todos.

FELICIA.

XV.

Ya vez, mi querida Julia, como mi amor te sigue á todas partes: como mi pensamiento te acompaña, y como la débil luz de mi experiencia va cerca de tí, para mostrarte el camino de la vida.

Ya estás de vuelta bajo el techo paterno, asilo el más dulce, el mejor, que una jóven puede tener: comprendo bien el que tu padre accediese á privarse de tu compañía para que acompañases á tu opulenta tía en su viaje á Inglaterra: comprendo también, que cediendo á las instancias de una antigua amiga, te haya dejado durante un mes en ese suntuoso castillo señorial: tu madre era de elevada clase: tu pa-

dre ha querido y ha debido conservar las relaciones que tenia en provecho de sus hijos, y esas razones me hacen aprobar su conducta respecto de tí, y así se lo he dicho con toda sinceridad cuando me lo ha preguntado.

Pero en medio de mi alegría, al ver que en tí aman y estiman la memoria de tu bella y buena madre, es lo cierto, Julia, que yo ansiaba con todo mi corazón el verte al lado del que es tu protector natural; de la persona que te quiere más en el mundo; de tu padre, en fin, tan bueno, tan indulgente para tí, y para tus hermanos.

A estos les haces falta tambien á su lado: la edad de Octavia necesita ya de continuos cuidados; y tu eres á la vez su amiga y su aya, comprendias como yo, segun veia en tus cartas, que tu presencia le era necesaria. Fernando, con ser menor, y siendo niño, se hallaba triste y desanimado lejos de tí; así me lo decia el mismo, y ya te copié el parrafito de su carta en que me hablaba de esto.

Conserva, hija mia, conserva á todo precio el amor de tus hermanos, estos primeros amigos que nos da la naturaleza: las fiestas más espléndidas, las riquezas, el lujo, nada compensa la deliciosa intimidad de la familia: el corazón entre los que nos pertecen por los lazos sagrados de la sangre, se llena de una dicha inefable, de una alegría sin mezcla de ninguna sombra.

Además, hija mía, desde que hay *alguno* que te habla de amor, ya no debes salir del lado de tu padre; aunque con mucha vaguedad, me das